

## Viejas y nuevas miradas sobre las mujeres de Alejandro: Olimpia del Epiro

Clàudia Zaragoza Serrano

---

**Citer ce document / Cite this document :**

Zaragoza Serrano Clàudia. Viejas y nuevas miradas sobre las mujeres de Alejandro: Olimpia del Epiro. In: Lo viejo y lo nuevo en las sociedades antiguas: homenaje a Alberto Prieto;

[https://www.persee.fr/doc/girea\\_0000-0000\\_2018\\_act\\_36\\_1\\_1247](https://www.persee.fr/doc/girea_0000-0000_2018_act_36_1_1247)

---

Fichier pdf généré le 05/01/2022

## Resumen

Si recordamos la famosa frase “detrás de un gran hombre siempre hay una gran mujer”, en el caso del conquistador macedonio Alejandro Magno ésta sería sin duda su madre, Olimpia del Epiro. Sin embargo, como suele ocurrir en el caso de los grandes personajes históricos, el hecho de vivir a la sombra de las hazañas de su hijo ha supuesto que la historiografía trate la figura de Olimpia sólo en relación con él. A menudo no se ha tenido en cuenta el papel político y estratégico que la epirota jugó dentro de la corte Macedonia durante la infancia, adolescencia y sobre todo ausencia de Alejandro, así como tras la muerte de éste. En este artículo nuestra intención es ver la evolución de la historiografía relativa a Olimpia del Epiro y de la imagen que de ella nos ha llegado desde las fuentes antiguas hasta los más recientes estudios alrededor de su figura.

## Abstract

"Old and New Perspectives on Alexander the Great's Women : Olympias".

Sometimes we find behind a great man there is a great woman. If we talk about the Macedonian king Alexander the Great, this woman was his mother, Olympias. However, she lived in the shadow of her son, and the historiography has not given her the attention she deserves. Focusing on the negative actions of her life, scholars have overlooked her political role in the Macedonian court during her son's childhood, youth, and, especially, during his absences as well as after his death. The present paper surveys the evolution of the historiography concerning Olympias and the image created from ancient times to modern days.

VIEJAS Y NUEVAS MIRADAS SOBRE LAS MUJERES  
DE ALEJANDRO: OLIMPIA DEL EPIRO

Clàudia ZARAGOZÀ SERRANO  
Universitat Autònoma de Barcelona  
claudia.zaragoza.serrano@gmail.com

En todas las obras que tratan sobre Alejandro Magno aparece de forma inevitable la figura de su madre. Es difícil explicar la vida del conquistador sin tener en cuenta lo que su madre significó para él en muchos aspectos. Sin embargo, esto no significa que la historiografía le haya dedicado el tiempo y el tratamiento que esta figura sin duda necesita. Es por ello que hemos decidido abordar dentro del marco del XXXVI coloquio internacional del GIREA sobre Lo viejo y lo nuevo en las sociedades antiguas precisamente la figura de Olimpia del Epiro y cómo la historiografía ha evolucionado en sus planteamientos alrededor del papel que jugó en la vida de Alejandro y la Macedonia del siglo IV a.C. Primeramente, veremos qué nos dicen las fuentes antiguas sobre Olimpia, para ver seguidamente las interpretaciones que la historiografía ha hecho sobre ella. Puesto que gran parte de la historiografía alrededor de Olimpia se encuentra enmarcada en la extensísima colección de obras que tratan la figura de su hijo Alejandro Magno, hemos decidido hacer una breve selección de autores para ejemplificar las dos líneas de interpretación que hemos identificado. La primera, que se imbuje de la que podríamos llamar la “leyenda negra” de Olimpia, se basa en una lectura literal de las fuentes relacionadas con el personaje; la segunda va más allá e intenta hacer un replanteamiento tanto de las fuentes como de la historiografía tradicional.

Las fuentes antiguas son bastante explícitas a la hora de describir a Olimpia. Básicamente los aspectos en los que se centran son, por un lado, sus intentos de intervención en política y de hacerse con el poder; por otro, la manipulación e influencia que ésta ejercía sobre Alejandro, así como su religiosidad exacerbada y su papel de asesina. En este último aspecto, determinados autores acusan a Olimpia de un buen

número de crímenes; Justino afirma que estuvo implicada y fue de hecho la instigadora del asesinato de su esposo Filipo II,<sup>1</sup> así como de Cleopatra, última esposa de Filipo y también de su hija recién nacida; Diodoro por su parte afirma que fue ella quién violó la tumba de Yolas y mandó asesinar a Nicanor, ambos hermanos de Casandro, general de Alejandro y enemigo de Olimpia a la muerte de este. Además nos cuenta con detalle la crueldad y sangre fría con la que la epirota se encargó de dar muerte a Filipo Arrideo, hijo de Filipo II y de su esposa Eurídice.<sup>2</sup> En cuanto a la relación con la religión, la mayoría de fuentes nos la presentan como una mujer mística, de grandes pasiones y profundamente relacionada con los cultos místéricos y dionisiacos.<sup>3</sup> Según Plutarco, fue Olimpia quién introdujo los cultos casi mágicos y el uso de serpientes domesticadas en Macedonia además de dormir con ellas,<sup>4</sup> y la acusa de preparar *phármakas* para, entre otras cosas, envenenar a Filipo Arrideo, provocándole una deficiencia mental y apartándolo de las aspiraciones al trono.<sup>5</sup> Ateneo<sup>6</sup> nos dice que Olimpia le envió a su hijo un experto en sacrificios dionisiacos para que le acompañase durante la campaña, y Duris de Samos indica que en la batalla de Evia, que volveremos a mencionar más adelante, Olimpia iba al frente del ejército epirota vestida de bacante.<sup>7</sup> La mayor parte de autores (Plutarco, Quinto Curcio, Arriano),<sup>8</sup> aluden a la intromisión de Olimpia en asuntos de palacio y sus constantes discusiones con Antípatro, y también a la intención de la reina de ejercer influencia sobre su hijo al que enviaba constantes cartas, recriminándole su excesiva generosidad para con sus hombres así como aconsejándole con quién debía o no casarse. A tenor de las fuentes, la imagen que se nos dibuja de Olimpia es la de una mujer sin demasiados escrúpulos, extremadamente religiosa, cruel, vengativa y a la que no le temblaba el pulso a la hora de eliminar a sus adversarios.

Es esta la imagen que ha perdurado en mayor medida en la abundante historiografía sobre Alejandro. En esta primera vertiente, basada en la imagen negativa

<sup>1</sup> Justino, IX, 7.

<sup>2</sup> Diodoro Sículo, XIX, 11.

<sup>3</sup> De hecho, la relación de Olimpia con la religión y los cultos místéricos aparece ya desde el primer encuentro con su futuro marido Filipo II, que tuvo lugar en Samotracia durante la celebración de sus misterios. Para conocer más acerca de la faceta religiosa de Olimpia y la implicación de las mujeres de la corte macedonia en las tareas religiosas ver: Cole 1984, p. 17; Jones 1999; Dillon 1997; Kraemer 1992.

<sup>4</sup> Plutarco, *Alejandro Magno*, 2, 4.

<sup>5</sup> Plutarco, *Alejandro Magno*, 77, 5.

<sup>6</sup> Ateneo, 559 f, 66 a; 13, 560 f.

<sup>7</sup> Ateneo, X, 560.

<sup>8</sup> Arriano, VII, 12, 6-7; Plutarco, *Alejandro Magno*, 9, 16.

que nos dan las fuentes, encontramos a la mayor parte de historiadores contemporáneos que han tratado la figura del rey macedonio como eje central en sus obras. Claude Mossé en su libro *Alejandro Magno. El destino de un mito*,<sup>9</sup> hace ciertas alusiones a la figura de la madre del conquistador. Aunque la autora intenta no realizar ninguna valoración, en el sentido que nunca afirma taxativamente los hechos que narra atribuidos a Olimpia, podemos incluirla dentro del sector historiográfico que se decanta por resaltar esa visión negativa del personaje. En este sentido, Mossé afirma que Olimpia muy probablemente estuviera, como insinúan algunas fuentes, implicada en el asesinato de Filipo II, su esposo, puesto que según la autora éste la habría repudiado, tema largamente discutido por los académicos, puesto que ninguna fuente habla de repudio. La vincula con la obsesión que parecía tener Alejandro respecto a sus orígenes míticos y con la identidad de su padre.<sup>10</sup> También hace referencia a las prácticas orgiásticas y el culto a Dioniso por parte de Olimpia, que llegaba incluso a dormir con serpientes. En cuanto a su carácter, la considera ambiciosa en el sentido negativo de la palabra, aludiendo a las quejas de Olimpia sobre la excesiva generosidad de Alejandro, y recordando también y como no podía ser de otra manera la participación de la epirota en las intrigas alrededor de la subida al trono de Alejandro y después de la muerte de éste en la sucesión al trono: el ya mencionado asesinato de Filipo, el intento de casar a Pérdicas con su hija Cleopatra o el asesinato de Filipo Arrideo, hijo enfermo mental de Filipo y a la esposa de éste, Eurídice, que aquí sí afirma la autora fueron cometidos “sin duda por instigación de Olimpia.”<sup>11</sup>

En la misma línea que Mossé cabe situar a Paul Cartledge y su libro *Alejandro Magno. La búsqueda de un pasado desconocido*.<sup>12</sup> Hemos de decir primeramente que en el libro se nombra a Olimpia tan solo en diez de las casi cuatrocientas páginas que tiene la obra, cosa que, en principio, resulta un tanto sorprendente. Si bien es cierto que se trata de una biografía de Alejandro y no de Olimpia, un número tan reducido de referencias llama la atención si tenemos en cuenta la gran influencia que tuvo en la vida del macedonio. El retrato que hace Cartledge de Olimpia es el de una mujer astuta, de temperamento extremadamente fuerte, propensa a la crueldad y a la venganza y muy religiosa, religiosidad que precisamente transmitió a su hijo Alejandro.<sup>13</sup> Además, no

<sup>9</sup> Mossé 2000.

<sup>10</sup> Me refiero por supuesto a la asunción de un origen paterno divino, siendo hijo del mismísimo Zeus-Amón según el oráculo de Siwa, Plutarco, *Alejandro Magno*, 3, 2. Sobre la visita de Alejandro al oasis de Siwa véase Bosworth 1996, p. 95-100.

<sup>11</sup> Mossé 2000, p. 155.

<sup>12</sup> Cartledge 2009.

<sup>13</sup> Cartledge 2009, p. 22; p. 244.

duda en señalarla como responsable en el asesinato de Filipo,<sup>14</sup> argumentando que el mismo supuso un gran beneficio para Alejandro y nos dice que fue ella quien controló en todo momento a su nieto Alejandro IV, hijo de la princesa sogdiana Roxana.<sup>15</sup> Cruel, vengativa, manipuladora y de carácter fuerte, así es como describe Cartledge a Olimpia.

Sin embargo, no todos los autores se han unido a la línea mayoritaria partidaria de esta “leyenda negra” sobre Olimpia. Otros, como Francisco Javier Gómez Espelosín o Dolores Mirón, son mucho más críticos con las fuentes e intentan, cuando hablan de la epirota, cuestionar esa imagen a partir de una reflexión más argumentada y elaborada. Gómez Espelosín reserva un apartado de su obra *La leyenda de Alejandro. Mito, historiografía y propaganda*<sup>16</sup> a hablar sobre la relación madre e hijo, que dice fue “intensa y perturbadora”.<sup>17</sup> Afirma que de ella siempre se ha hablado como de una mujer terrible y despiadada, de celebrar extraños ritos y de hacer todo lo que estuvo a su alcance, incluyendo el asesinato, para asegurar la sucesión para su hijo Alejandro. Apunta, sin embargo, que esta imagen está contaminada por las fuentes y la imperante misoginia griega, acentuadas sin duda por la condición de bárbara de Olimpia y por su “desnaturalizada” propensión a ejercer el poder.<sup>18</sup> Sin duda, influyeron en esta propaganda negativa las guerras de sucesión que tuvieron lugar tras la muerte de Alejandro y toda la propaganda que Casandro, líder de la otra facción, llevó a cabo en su contra. En cuanto a la personalidad de la epirota, no niega que fuera una mujer de gran carácter, pero no obstante, da un giro a la significación de ciertas atribuciones, convirtiendo en positivo lo que otros autores calificaban de forma negativa. Según Gómez Espelosín, Olimpia era una mujer sobradamente inteligente, de indomable coraje, valiente y de comportamiento cruel y despiadado, siempre que las circunstancias lo exigiesen.<sup>19</sup> Es decir, en cierta manera justifica que Olimpia actuase como las fuentes dicen que lo hizo en ciertos episodios. Respecto a su relación con la religión, el autor explica que en el Epiro Olimpia era una autoridad religiosa y que no se puede negar que en cierta manera Alejandro heredó esa faceta de su madre. También se refiere al conocimiento sobre su mítica genealogía: Olimpia se creía descendiente de Neoptólemo, hijo de Aquiles, puesto que éste fue el primer rey del Epiro, y se identificaba pues con sus antepasadas,

<sup>14</sup> Cartledge 2009, p. 15.

<sup>15</sup> Cartledge 2009, p. 322.

<sup>16</sup> Espelosín 2007.

<sup>17</sup> Espelosín 2007, p. 216.

<sup>18</sup> Espelosín 2007, p. 216.

<sup>19</sup> Espelosín 2007, p. 217.

las heroínas troyanas Andrómaca (viuda de Héctor y esposa a su muerte precisamente de Neoptólemo), Hécuba y Políxena,<sup>20</sup> de la que además llevaría el nombre.<sup>21</sup> Serían estas razones las que explicarían que Alejandro se sintiese empujado a emular a estos héroes míticos que tanto admiraba y cuyas hazañas se narraban en su libro de cabecera, la *Iliada*. Gómez Espelosín no pone en duda que Olimpia fuera una madre dominante, pero también preocupada. Asimismo, califica su estancia en la corte macedonia como complicada: seguramente por ser extranjera estuvo relegada hasta el nacimiento de Alejandro, primer varón capacitado para gobernar. Además, para el autor sin duda era una madre amantísima y dulce, puesto que recompensaba a Alejandro con dulces para mitigar la austera educación que Leónidas, primer mentor del príncipe escogido por su madre,<sup>22</sup> le imponía. Y no hay duda para Espelosín que Alejandro amaba a su madre, puesto que mantuvo una intensa relación epistolar durante su larga campaña, resaltando aquella frase atribuida por las fuentes a Alejandro de que una “sola lágrima de una madre hace borrar diez mil cartas”.<sup>23</sup>

La autora española que mejor ha trabajado la figura de Olimpia es Dolores Mirón.<sup>24</sup> Ha intentado en su estudio sobre esta mujer deshacerse de todos los prejuicios que las fuentes nos ofrecen e intentar comprender el por qué de una mujer que llegó a ser tan fascinante, tan mencionada y principal en la vida de uno de los personajes más importantes de la historia antigua. La autora defiende firmemente que Olimpia tuvo que ser mucho más de lo que las fuentes indican para justificar su relevancia, hasta el punto de ser nombrada por su propio nombre sin necesidad de remitir a ninguno de sus parientes masculinos. Por alguna razón, hubo de ser una de las mujeres más conocidas de la antigüedad. Mirón intenta, a partir de la premisa de que la imagen de Olimpia que nos dan las fuentes es fruto de un enraizado odio y misoginia contra ella, internarse en la realidad de la personalidad de esta mujer a partir de los hechos desde el punto de vista más cercano posible a la verdadera naturaleza de los mismos. Defiende, en gran medida, puntos con los que estamos particularmente de acuerdo, como por ejemplo que Olimpia fue odiada básicamente por ser una mujer que simplemente se intentó comportar como un hombre. Es posible que a partir de esto los autores clásicos que abordaron su figura tergiversaran en gran medida algunos de los acontecimientos y

---

<sup>20</sup> Mortensen 1997, p. 25.

<sup>21</sup> Sobre los diferentes nombres que Olimpia ostentó a lo largo de su vida véase Chirinos 2005.

<sup>22</sup> Espelosín 2007, p. 219.

<sup>23</sup> Plutarco, *Alejandro Magno*, 39, 16.

<sup>24</sup> Mirón 2002.

de las acciones que se le atribuyen. No es lógico pensar que, si tan odiada era Olimpia, un ejército entero se negara a entablar batalla contra ella en Evia el 316 a.C.,<sup>25</sup> o que los enviados a ejecutarla se negaran a hacerlo por las mismas razones.<sup>26</sup> Mirón defiende que se originó alrededor de Olimpia una leyenda negra que oscureció sus acciones y que hizo que desde la antigüedad hasta nuestros días sea presentada como calculadora, obsesionada por el poder y manipuladora de su hijo.<sup>27</sup> Pero probablemente no fue así. Probablemente tan sólo fue una mujer que amó a su hijo y que tuvo la valentía de no parar hasta conseguir que tuviera lo que ella creía que merecía. Finalmente lo consiguió pagando el precio de ser recordada de esa forma. Toda la obra de Mirón sigue esa misma argumentación: el objetivo no es desmentir lo que las fuentes nos dicen, puesto que son el único testimonio que tenemos, pero sí de matizarlo e intentar entender porqué Olimpia actuó de esta manera. Para Mirón, fue una mujer los actos de la cual no encajaban con el lugar y la época que le tocó vivir.

Sin duda, quien más ha trabajado la figura de Olimpia en todas sus vertientes es Elizabeth Carney. Si bien tenemos estudios previos sobre las reinas prehelenísticas que incluyen a Olimpia,<sup>28</sup> ella es la piedra angular de la historiografía dedicada exclusivamente a la figura de la epirota. Carney tiene una extensa bibliografía al respecto, y por tanto nos limitaremos a resumir los aspectos más destacados de su particular punto de vista.

La autora se plantea en uno de sus artículos<sup>29</sup> si realmente Olimpia fue una mujer tan terrible como las fuentes nos dice. Carney tiene una opinión clara al respecto: Olimpia no fue en ningún momento más terrible que Filipo II, que Alejandro o que cualquiera de sus enemigos, ya que la violencia y los asesinatos eran frecuentes en la corta macedonia. La figura de Olimpia habría sido fruto de los tópicos y anécdotas que las fuentes *a posteriori* le atribuyeron, unas fuentes misóginas que pretendían presentar los actos de la epirota como una forma de dar salida al resentimiento que supuestamente ésta sentía hacia la monarquía macedonia. Respecto al rol de madre, Carney añade que no hizo sino lo que cualquier madre haría: intentar preservar la preponderancia de Alejandro. No olvidemos que en una corte donde la poligamia<sup>30</sup> era la norma, lo

<sup>25</sup> Diodoro Sículo, XIX, 11; Ateneo, X, 560, haciendo referencia a Duris de Samos.

<sup>26</sup> Diodoro Sículo, XIX, 51, 5.

<sup>27</sup> Mirón 2002, p. 75.

<sup>28</sup> Macurdy 1932.

<sup>29</sup> Carney 2009, p. 189.

<sup>30</sup> Recordemos que Olimpia fue la tercera esposa de Filipo II, que llegó a tener hasta siete. Sobre esta cuestión véase Noguera 1997.

que le dio más prestigio a Olimpia fue ser la madre de Alejandro, no su origen noble.<sup>31</sup> Alejandro y su madre se convirtieron en una unidad dominante en la corte, pero su situación era indefinida e incierta: ni ella era reina, ni él heredero. Olimpia tenía que proteger a su hijo y mantener la situación de preeminencia que ostentaba. En cuanto a su implicación en política y los calificativos de asesina despiadada y cruel que muchas veces se le atribuyen, Carney no niega que esos asesinatos se llevaran a cabo, pero sí matiza su implicación en los mismos. La autora defiende que en todos esos casos atribuidos a Olimpia, Alejandro tuvo que tener conocimiento de ellos. En realidad, tal y como señala Carney, ambos estaban informados de las acciones del otro y daban el visto bueno puesto que luchaban por un interés común: que Alejandro llegara a ser rey y hacer desaparecer a todos aquellos que podían impedirlo, con el beneficio indirecto que comportaría para Olimpia lograrlo. La autora no cree que en ningún caso la madre actuase sin el conocimiento del hijo puesto que eliminaban enemigos y adversarios comunes. Con este punto de vista, asimilando las acciones de Olimpia a las de su hijo y con el supuesto conocimiento y beneplácito de éste, elimina el carácter de venganza, perversidad y maleficencia que se le atribuye a Olimpia. En definitiva, las acciones de ésta contra sus enemigos no se pueden negar, pero sin duda aquellas fueron agravadas, según la versión que nos ofrecen las fuentes, por el hecho de ser una mujer quien las perpetraba.<sup>32</sup> El hecho de actuar violentamente, de actuar como “un hombre” le habría restado popularidad dentro del ejército macedonio. Los actos de violencia cometidos por mujeres no se asocian a actos de violencia política sino de venganza. Pese a que los macedonios pudieran llegar a entender los actos cometidos por Olimpia, el hecho de ser una mujer no permitió que fueran aceptados ni legitimados.

Existen otros autores que, pese a estar en esta misma línea a la hora de tratar la figura de Olimpia, difieren en cierta medida de algunos planteamientos de Carney. Es el caso de Neil Hammond, quién en su obra *Alejandro Magno: rey, general, estadista*<sup>33</sup> nos explica cómo las mujeres en la corte macedonia tenían poca importancia en los aspectos públicos. Más bien se trataba de amas de casa que se dedicaban a las labores del hogar, como el tejer o el amasar el pan. Sin embargo, ninguna fuente nos describe a Olimpia en una de estas situaciones. Nos dice también que éstas podían ser influyentes en las intrigas cortesanas, sobre todo en el caso de ser madres o abuelas (no nos nombra a las esposas) de posibles herederos (éste si el caso e Olimpia, pese a que no la menciona

<sup>31</sup> Carney 2009, p. 190.

<sup>32</sup> Carney 2006, p. 6.

<sup>33</sup> Hammond 2002.

explícitamente). Sólo hace un inciso en el tema del repudio, puesto que alerta al lector acerca de la asunción de términos modernos para acciones de la época, como por ejemplo lo peligroso de llamar “divorcio” al hecho que Olimpia se marchase a la corte del Epiro cuando Filipo II contrajo matrimonio con su última esposa Cleopatra.<sup>34</sup> Respecto a la vertiente más mística que rodeaba a Olimpia y la concepción y nacimiento de Alejandro, Hammond es muy crítico al respecto, poniendo incluso en duda el hecho que Alejandro asumiera como cierta la supuesta revelación de su origen divino en su visita al oráculo de Siwa. En el caso de la implicación de Olimpia en el asesinato de Filipo, Hammond considera “un cúmulo de despropósitos” la versión de Justino,<sup>35</sup> que implicaría directamente a Olimpia, considerando la información sensacionalista y extravagante. Tampoco considera como cierto en ningún momento que Alejandro tuviera conocimiento de ello. Para Hammond, que Alejandro participase en un hecho tan grave como un parricidio sería incompatible con su personalidad, según nos la describen Ptolomeo y Aristóbulo. En pocas ocasiones cita el autor a Olimpia, si bien cuando lo hace es motivo de polémica. Al hablar de la relación entre madre e hijo hace una afirmación completamente diferente a la que habitualmente encontramos en la historiografía. Él opina que Alejandro siempre se mostró leal a su madre, incluso poniendo en peligro sus propias aspiraciones al trono.<sup>36</sup> Así lo demuestran acciones como su nombramiento como “guardiana del reino” a su marcha a Asia, o como su representante en las ceremonias religiosas y oficiales que tenían lugar en Macedonia, además del hecho de enviarle constantemente parte del botín de guerra.<sup>37</sup> Sin embargo, lo que más sorprende es que Hammond afirme que, como hijo y como rey, Alejandro tuvo el control total sobre ella.<sup>38</sup> Dicha afirmación contrasta totalmente con la tradicional visión de una Olimpia manipuladora, que manejó a Alejandro según su interés y que se permitía opinar sobre cuestiones de política y guerra, cuestiones alejadas de sus atribuciones. Vemos pues que pese a partir de las mismas premisas y sobre todo de las mismas informaciones que los autores anteriores, Hammond tiene una muy particular opinión acerca de la relación entre Alejandro y su madre.

---

<sup>34</sup> Hammond 2002, p. 36.

<sup>35</sup> Justino, IX, 7.

<sup>36</sup> Hammond 2002, p. 378.

<sup>37</sup> Hammond 2002, p. 378.

<sup>38</sup> Hammond 2002, p. 378.

Además de las obras ya comentadas, no podemos dejar de referirnos a Sarah Pomeroy y su obra *Women in Hellenistic Egypt. From Alexander to Cleopatra*<sup>39</sup> (curiosamente from Alexander, no “from Olympias” o “from Eurydice”, madre de Filipo II), donde destaca partes de la vida y personalidad de Olimpia muy interesantes. Primeramente, resalta la figura de Olimpia en la batalla, concretamente en la batalla de Evia que tuvo lugar en el 316 a.C. y que nos describen Diodoro y Duris de Samos, la cual nos dice Pomeroy sería la primera en la que se enfrentarían dos ejércitos dirigidos por mujeres: por un lado, el ejército macedonio de Casandro con Eurídice,<sup>40</sup> esposa del candidato Filipo Arrideo al frente, y por el otro, el ejército epirota, liderado por Olimpia. Pomeroy da credibilidad a este episodio puesto que, en su opinión, encajaría con las dos personalidades descritas por las fuentes.<sup>41</sup> También destaca el hecho de que Alejandro pronunciara aquella famosa frase: “los macedonios no soportarían ser gobernados por una mujer”.<sup>42</sup> Para la autora, que Alejandro la pronunciase sería más bien un testimonio del poder público que una reina como Olimpia había llegado a conseguir, y no la negación del mismo.<sup>43</sup> Pomeroy reconoce los intentos de hacerse con el poder de la epirota tras la partida de su hijo Alejandro, pero en un sentido positivo: de hecho, actos como los de Olimpia y Eurídice precisamente revelaban un cambio en la sociedad macedonia, un cambio que marcaría el nuevo rol que las mujeres y reinas helenísticas desarrollarían posteriormente. Nos dice que fue al ver la necesidad de tomar decisiones y emprender acciones por ellas mismas, para proteger y salvaguardar los derechos de sus hijos, como de forma inconsciente asumieron un rol de líderes para la historia helenística.<sup>44</sup> En cuanto a la relación entre madre e hijo, el hecho de que Alejandro proclamase su intención de divinizar a su madre y ella exclamara que eso era calumniarla delante de Hera,<sup>45</sup> podría restarle culpabilidad a Olimpia en la extrema religiosidad de Alejandro, al contrario de lo que siempre se ha dicho, aunque no se puede negar la relación entre la epirota y Dionisos. Eso sí, siempre dentro de la tradición religiosa de la realeza macedonia, vinculada a Dionisos y Heracles. Para Pomeroy, Olimpia sería la primera ménade cuyo nombre conocemos.<sup>46</sup> Sería también ejemplo de que las mujeres

<sup>39</sup> Pomeroy 1990.

<sup>40</sup> Sobre Adea Eurídice ver Carney 1987.

<sup>41</sup> Pomeroy 1990, p. 7.

<sup>42</sup> Plutarco, *Alejandro Magno*, 65, 3.

<sup>43</sup> Pomeroy 1990, p. 8.

<sup>44</sup> Pomeroy 1990, p. 11.

<sup>45</sup> Plutarco, *Alejandro Magno*, 3, 3-4.

<sup>46</sup> Pomeroy 1990, p. 29.

macedonias tenían poder sobre bienes materiales sin necesidad de estar “tuteladas” por ningún barón, poniendo como ejemplo el envío que Olimpia hizo de una *phiale* a la diosa Higieia en Atenas.<sup>47</sup>

Los autores que hemos comentado ejemplifican las dos vertientes que la figura de Olimpia ha suscitado en la historiografía contemporánea sobre Alejandro. No son más que el reflejo de lo que a menudo vemos en las monografías sobre un personaje: en todas las figuras históricas que se tratan, nunca hay un consenso total sobre cómo eran. Si ya sabemos lo complejo que es dilucidar si un hecho histórico ocurrió de una u otra manera, la personalidad es la parte más difícil de ver a partir de las fuentes puesto que estas nunca son objetivas ni imparciales. De ahí surge la necesidad de analizarlas de forma crítica, sin limitarse a una mera paráfrasis de aquellos textos. En el caso particular de Olimpia del Epiro, tal vez la historiografía a su alrededor sea tan complicada como su propia personalidad. Hemos visto que las viejas miradas de las fuentes antiguas están presentes aún en la historiografía, que la considera cruel, vengativa, manipuladora, mística e incluso una asesina, esta “leyenda negra” que otros canales como las novelas históricas o el cine han acentuado y han enraizado en el público en general. Sin embargo, nuevas interpretaciones y nuevas investigaciones han puesto en entredicho esta imagen: al final, pese a que sus actos no se puedan negar, ni era una asesinada tan despiadada y cruel, ni tan mística, ni una mala madre. Sólo fue una mujer que, como otras, actuó como un hombre en un momento en que no estaba permitido hacerlo.

### Bibliografía

- Bosworth A. B. (1996), *Alejandro Magno*, Cambridge.
- Carney E. (2009), “Alexander and his ‘Terrible Mother’”, en W. Heckel, L. A. Tritle (eds), *Alexander the Great. A New History*, Winchester, p. 189-202.
- Carney E. (2006), *Olympias, mother of Alexander the Great*, New York.
- Carney E. (1987), “The career of Adea Eurydike”, *Historia*, 36, p. 496-502.
- Cartledge P. (2009), *Alejandro Magno. La búsqueda de un pasado desconocido*, Barcelona.
- Chirinos J. C. (2005), *La reina de los cuatro nombres*, Madrid.
- Cole S. G. (1984), *Theoi Megaloi: the Cult of the Great Gods at Samothrace*, Leiden.

<sup>47</sup> Pomeroy 1990, p. 15.

- Dillon M. P. J. (1997), *Pilgrims and Pilgrimage in Ancient Greece*, London.
- Espelosín F. J. (2007), *La leyenda de Alejandro. Mito, historiografía y propaganda*, Alcalá de Henares.
- Hammond N. G. L. (2002), *Alejandro Magno. Rey, general y estadista*, Madrid.
- Jones C. P. (1999), *Kinship Diplomacy in the Ancient World*, Cambridge.
- Kraemer R. S. (1992), *Her Share of the Blessings: Women's Religions among Pagans, Jews, and Christians in the Greco-Roman World*, New York.
- Macurdy G. (1932), *Hellenistic Queens*, Baltimore.
- Mirón D. (2002), *Olimpia*, Madrid.
- Mortensen C. (1997), *Olympias: Royal Wife and Mother at the Macedonian Court*, Brisbane.
- Mossé C. (2000), *Alejandro Magno. El destino de un mito*, Madrid.
- Noguera A. (1997), "Alejandro Magno y las mujeres; las 'madres' de Alejandro", en C. Alfaro, A. Noguera (eds), *Actas del primer seminario de estudios sobre la Mujer en la Antigüedad*, Valencia.
- Pomeroy S. B. (1990), *Women in Hellenistic Egypt. From Alexander to Cleopatra*, Michigan.